



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II 6 de octubre de 1888 Núm. 49



EL PRIMER HUEVO DE LA GALLINA

MADRID

MADRID, la capital de España, es la que nos va á ocupar hoy. ¿No os lo había prometido en mi último viaje á Sevilla? Yo (aun cuando supongo que el que más y el que menos habrá oído ó habrá leído algo de la bonita población) voy á referiros lo poco que sé sobre ella.

Comenzaré por recordar á mis camaradas aquel célebre 2 de Mayo de 1808. ¿No sabéis que era aquel el día en que los infantes D. Antonio y D. Francis-



El primer huevo de la gallina

co, los únicos que quedaban de la familia real, debían ir á Francia? ¿No sabéis también que el pueblo madrileño se opuso á ello? Pues sí, camaradas: cuando dichos infantes iban á subir al coche, los madrileños se arrojaron sobre éste, rompiendo los arreos de los caballos. Entonces la guardia francesa hizo fuego sobre ellos. El pueblo madrileño se aprestó á la lucha, pero fueron arrollados por el número. ¿No admiráis aquellos heroicos oficiales de artillería, Daoiz y Velarde, que perecieron al pie de los cañones por defender la patria? ¿No os parece glorioso morir víctimas de amor patrio? Aquellos rasgos de valor y heroicidad, que brillan más que las estrellas en el cielo, han quedado grabados, como en letras de oro, en las páginas de la historia de nuestra nación. Como éste nombraríamos mil y mil; pero como lo que me he propuesto ha sido hacer una breve ojeada sobre el 2 de Mayo, si seguía adelante concluiría por hacer una ojeada completa sobre toda la España contemporánea. Así, pues, nos dejaremos de historias y vamos á lo que importa.

¿Por dónde queréis que empecemos? Yo creo que debemos comenzar por la iglesia de San Francisco el Grande, esto es, por la que va á ser catedral de Madrid. ¿Qué variedad en pinturas! ¿Qué riqueza ostenta el grandioso templo! Sus puertas de entrada, cuyo precio de cada una es el de doce mil duros, son una verdadera obra de arte. Penetrando en su interior, y en cada uno de los lados de la puerta principal, se ven dos hermosas pilas de mármol, representadas por unos ángeles sosteniendo una hermosa concha en donde se halla el agua bendita. El templo es pequeño. Se compone de una hermosa bóveda rodeada de ricas y hermosas capillas. Sus paredes y sus techos están llenos de cuadros primorosamente pintados y debidos al pincel de reputados artistas. Doce colosales estatuas de mármol, que representan á los doce Apóstoles, rodean la gran obra que nos está ocupando. Por una de las capillas se entra en una hermosa sacristía, abundante en obras de gran trabajo y precio. Los sillones, de madera muy fina, es una obra que puede competir con las puertas de entrada. ¿Qué grandeza ostentan sus claustros! Sus paredes están llenas de hermosas pinturas representando los episodios de la vida de San Francisco, cuyo número ascenderá á cien. Parece mentira que la mano del hombre

haya hecho los primorosos trabajos de los cuales está llena toda la catedral. Subimos al coro, y en uno de los lados de la escalera, se ve, entre la multitud, un cuadro representando *Las tentaciones de San Francisco*, cuyo valor supera á los nombrados anteriormente. Dicese que vale treinta y siete mil reales, y, sin embargo, es mucho más pequeño que los anteriores. Por fin llegamos al coro. La riqueza es allí mucho mayor. Imposible que yo pueda pintar á mis camaradas tanta grandeza; así es que me limitaré á deciros que si llegáis á visitar á Madrid no os olvidéis de hacer una visita al templo de San Francisco.

* *

¡Ea! Ya hemos llegado á los jardines del Buen Retiro, después de dejar detrás la puerta del Sol y la calle de Alcalá. Si es mucho el movimiento en estos sitios, no lo es menos en los nombrados jardines. Allí los niños se entregan á sus juegos infantiles. ¡Qué gritos de alegría se oyen por todos los lados! Unos juegan á la pelota, otros al aro, y otros, más revoltosos, juegan á el toro ó corren con sus velocípedos, ligeros como el viento. En un hermoso estanque, que está no muy lejos de la entrada, y asomados á la barandilla, se ven infinidad de niños más pequeños que se entretienen en echar azúcar á los patos que nadan por sus cristalinas aguas. Más adelante se encuentra la casa de fieras. Los monos, que se hallan en el centro de la casa y en una hermosa jaula, divierten mucho á los pequeñines, que con la boca abierta miran las tonterías que hacen los revoltosos animales. Pero, de todas estas cosas, lo que más me gustó á mí fué la exposición de Filipinas, de la cual no me entretengo en hablar porque se hace tarde. Así, pues, me despido hasta otra semana, que os diré algo de *Cádiz*.

ALBERTO CASAÑAL



UN POCO DE FÍSICA

Hoy tenía el propósito de hablaros de cosas muy bellas y agradables. Barcelona aparece convertida en un ascua de oro, y sus esplendores fastuosos dan lugar, más que para escribir una reseña, para componer otro volumen á estilo de las *Mil y una noches*. Pero es el caso que hace más de doce horas que está diluviando de una manera espantosa, y las galas de la ciudad aparecen envueltas entre raudales cristalinos, y su cielo ceñido por

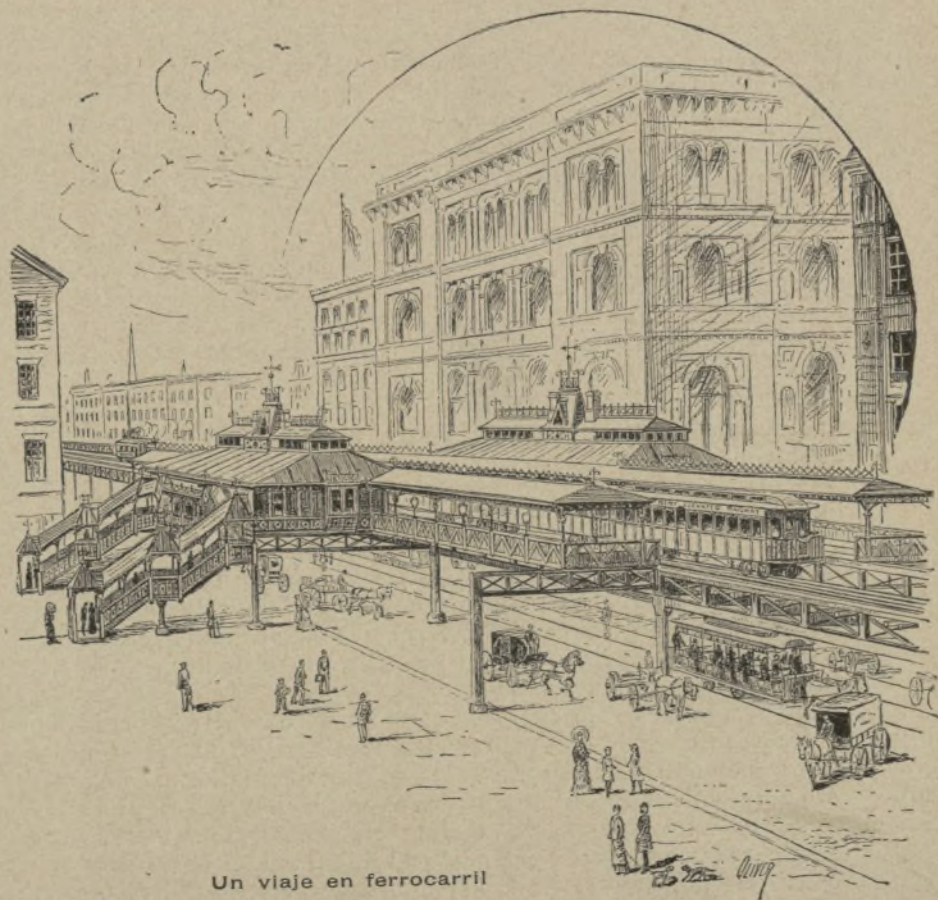


Un viaje en ferrocarril

apretadas nubes que se rasgan, se estrechan y se rechazan para dar paso á los fatídicos resplandores de la electricidad. Abajo, mucha sombra: arriba, luz que ciega con su siniestro fulgor. La imaginación huye siempre de la oscuridad: como las mariposas, ama la luz, aunque en la luz tiene segura muerte; y hoy la mía, á pesar de los buenos propósitos de antemano formados, sólo de la luz que en este instante la ilumina me permitirá hablaros, y, aunque el tema no resulte tan ameno, tendrá á lo menos la compensación de ser quizá

un poquito más útil que el que en un principio me había propuesto reseñar.

¿Sabéis lo que es la electricidad? Pues es una propiedad de la fuerza que reside en toda materia y que busca constantemente establecer un equilibrio, y se llama *electricidad* porque se reveló por primera vez á la observación humana por medio de una sustancia que en el idioma griego se llama *electrum*. Esta sustancia es la que nosotros conocemos con el nombre de *ámbar*. Thales, filósofo griego, observó que, frotando con fuerza el *electrum*, adquiría la



Un viaje en ferrocarril

propiedad de atraer pequeñas partículas de materia colocadas próximas á él, adhiriéndose á su superficie, evidenciando de esta suerte su fuerza de atracción.

El fenómeno eléctrico en la naturaleza depende de la tendencia de la electricidad á buscar un equilibrio entre su estado *positivo* y *negativo*. Este equilibrio se perturba con mucha facilidad al más sencillo cambio, á la depresión más leve de la atmósfera, recobrándola, empero, cuando pasa á través de sustancias que son favorables á su difusión: de ahí que se llamen *buenos* ó *malos conductores* según la manera con que favorecen ó se oponen á la transmisión de la corriente eléctrica.

Son considerados como *buenos conductores* de la electricidad los metales,

el carbón, los fluidos animales, el agua, los cuerpos vegetales y animales, el humo del vapor, etc., etc.; y como *malos conductores* el moho ó robín, el fósforo, la cal, la greda, el cautchuc, la guttapercha, el alcanfor, el mármol, la porcelana, las plumas, el cabello, la lana, la seda, el cristal, las piedras preciosas, las vitrificaciones, la cera, el ámbar, etc. Estos cuerpos se llaman *aisladores*. Algunas de estas sustancias, como la greda, las plumas, el cabello, la lana y la seda, aunque malos conductores cuando secos, son grandes *conducentes* cuando están mojados.

Cuando la fuerza eléctrica pasa por un cuerpo buen *conductor* para hallar su equilibrio y es detenida en su curso por un *aislador*, emite una chispa. El rayo es el resultado de las *descargas eléctricas* en las nubes, y el desarrollo de la electricidad en ellas débese á las evaporaciones de la superficie de la tierra, á los cambios de temperatura en el vapor atmosférico, á la acción química sobre la superficie de la tierra y á la fricción de los volúmenes de aire de diferente densidad; y como tales fenómenos perturban el equilibrio de la fuerza eléctrica, producen en ella los estados *positivo* y *negativo*. El rayo se produce infaliblemente cuando las nubes, cargadas de *electricidades opuestas*, se acercan y las fuerzas se precipitan una contra otra combinándose en un estado de equilibrio, y sigue este movimiento de las fuerzas de la electricidad, porque siendo la atmósfera incapaz de transmitir las grandes cantidades electras cuando se precipitan la una contra la otra, *obra como un aislador*, siendo, por lo tanto, el rayo, resultado de la electricidad al forzar su paso.

Cuando el rayo camina en forma de zigzag es prueba evidente que la electricidad encuentra resistencia en su marcha, siendo resultado del mismo fenómeno cuando marcha en forma de horquilla de dos ó más puntas.

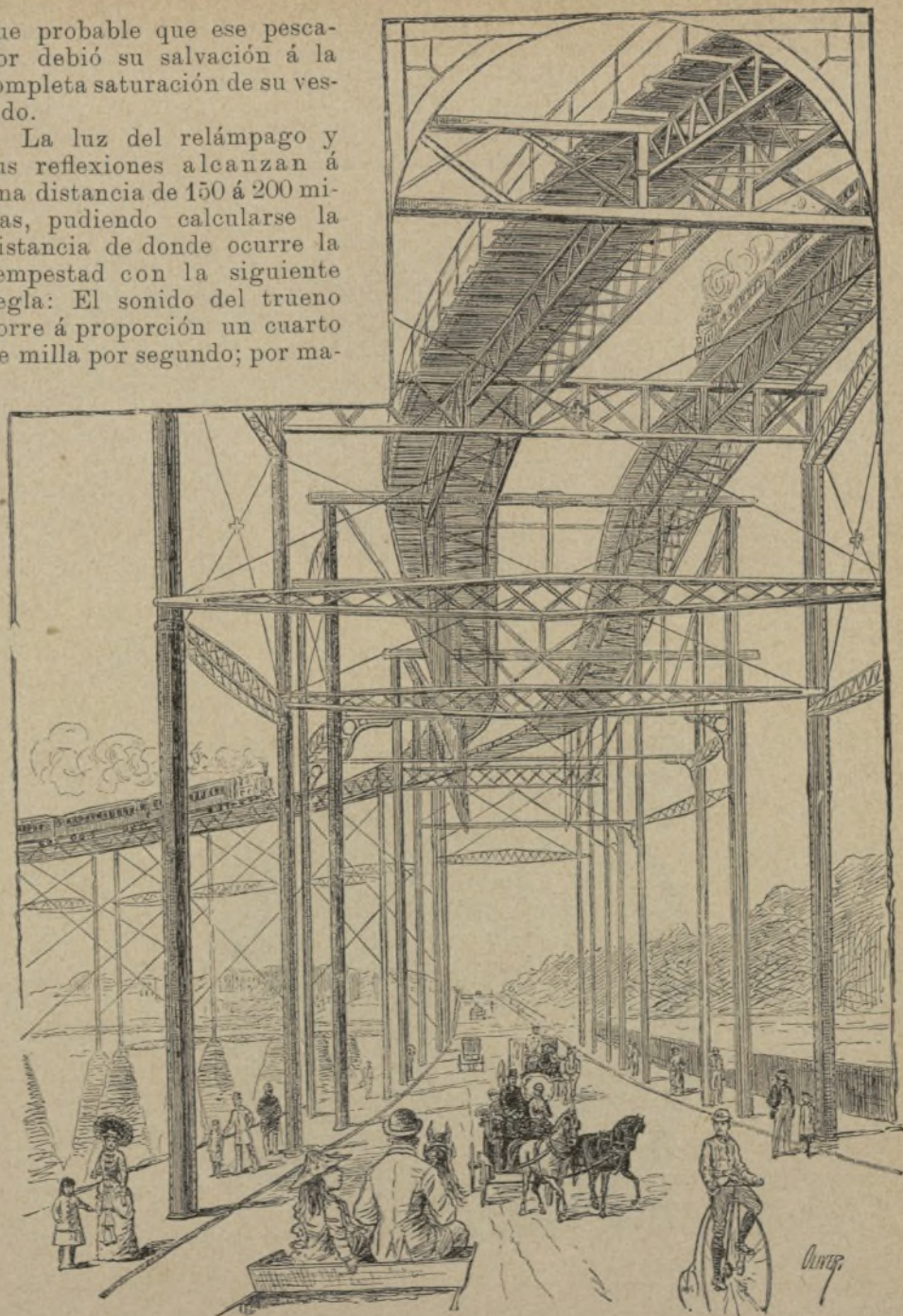
Cuando la llamarada brota muy lejos, no se percibe más que su *reflexión*, descubriéndose como una sábana de fuego. Si la llama aparece recta es señal de que es muy corta la distancia entre las nubes cuyos fluidos marchan uno al encuentro de otro. La luz azul en los relámpagos demuestra siempre que la excitación eléctrica es muy intensa y *general por toda la atmósfera*. El aparecer con luz roja, blanca ó amarilla depende del grado de humedad que afecta la *fuerza reflejadora* de las nubes.

Los árboles son mejores conductores que el aire: de ahí que sea altamente peligroso cobijarse debajo de ellos durante una tempestad. El sitio que más seguridades ofrece en casos análogos es el centro de una habitación, *aislada* todo lo posible de objetos inmediatos, y permanecer sentado en una silla evitando el contacto de toda sustancia conductora. Asimismo debe tenerse gran precaución en cerrar puertas y ventanas á fin de evitar las corrientes de aire: debe, por consiguiente, evitarse todo lo posible cerrar y abrir balcones y ventanas, ya que los cerrojos, goznes y pestillos *facilitan la conducción* y podrían atraer una fuerte corriente eléctrica. En despoblado lo más indicado es mantenerse lo más lejos posible de los sitios elevados y considerar la lluvia como un buen protector contra el rayo, pues la *ropa empapada* haría las veces de un conductor tan seguro que podría pasar una gran cantidad de electricidad por encima del cuerpo de un hombre sin que éste apercibiera el más leve efecto de su acción.

Durante una violenta tempestad, en las islas de Shetland, la electricidad atacó una lancha pescadora arrancando el mástil, que quedó hecho trizas. Cuando ocurrió el accidente había un pescador sentado al pie del palo, el cual no experimentó el menor choque. Al consultar después su reloj vió que el rayo lo había derretido dejándolo convertido en una masa informe. Es más

que probable que ese pescador debió su salvación á la completa saturación de su vestido.

La luz del relámpago y sus reflexiones alcanzan á una distancia de 150 á 200 millas, pudiendo calcularse la distancia de donde ocurre la tempestad con la siguiente regla: El sonido del trueno corre á proporción un cuarto de milla por segundo; por ma-



Un viaje en ferrocarril

nera que si su estruendo se percibe cuatro segundos después del relámpago, la descarga ha sido á una milla. El pulso de una persona adulta late una vez por segundo. Así, pues, guiándose por él, cualquiera puede calcular la probable distancia de la tempestad.

2 pulsaciones.	$\frac{1}{2}$ milla	6 pulsaciones.	$1 \frac{1}{2}$ millas
3 " 	$\frac{3}{4}$ "	7 " 	$1 \frac{3}{4}$ "
4 " 	1 "	8 " 	2 "
5 " 	$1 \frac{1}{4}$ "		

Debe tomarse en cuenta la dirección y velocidad del viento, y según éstas sean introducir en el cálculo la modificación que se crea conveniente. Las personas de veinte á cuarenta años deben contar cinco pulsaciones por milla; y las de veinte abajo, seis.

Como la electricidad es un elemento que se presta á grandes estudios, no será hoy, Dios mediante, el último día que dedique una crónica á exponeros sus más notables fenómenos.

BENJAMÍN





En el heno

ANACREÓNTICA

No por alzar la rosa
su tallo en la pradera
contiene más perfumes
que la que humilde eleva
sus purpurinas hojas
oculta en la maleza.

No porque entre mil galas
luciendo esté la perla
es de valor más grande
que la que el mar encierra
bajo la negra roca
donde su furia estrella.

El verdadero precio
por rara vez se muestra:
está siempre encerrado,
del corazón presea,
y el que á buscarlo vaya
no juzgue de apariencias.

No valen, no, esas joyas
que la mujer presenta
para engañar al mundo
con el reflejo de ellas,
lo que unos ojos valen
que, candorosos, llevan
sobre su limpio globo
la paz y la inocencia.

Las ilusiones pasan,
las esperanzas vuelan;
mas la virtud sencilla
perenne siempre queda,
y el corazón humano

que en ambiciones sueña,
sobre sus pasos mismos
la vanidad entierra.

Ensueños mentirosos,
fantásticas quimeras,
fingidas ilusiones
que á la criatura ciegan:
¿qué sois sino residuos
de la mentida esencia
donde solloza el alma
por la ambición sujeta?

Sonoros son los besos
que vuestras alas dejan;
halagan los perfumes
que arroja vuestra esencia:
mas son besos de muerte,
halagos son que acerbán,
y en vuestros torpes giros
las almas se envenenan.

Jamás serán las dichas
las que beldad presentan;
que en el vaivén mundano
do el pensamiento rueda,
donde las joyas cruzan
en bacanal revuelto,
no es el valor más puro
ni la mejor belleza
la que se roba al arte
ni el que las galas prestan.

RAMÓN BLASCO



—*— NUESTROS GRABADOS —*—

EL PRIMER HUEVO DE LA GALLINA

Cierto día la juguetona Emilia volvió de la escuela corriendo á su casa, y apenas entró comenzó á gritar, enseñando la mano cerrada, en la que llevaba una cosa.

—¡Mamá, mamá, mira lo que traigo aquí!

—Y ¿qué es eso?

—¡Adivínalo!

Pero al mismo instante asomó entre los dedos de la mano la cabeza de una ave-cilla.

—¡Qué pollito tan gracioso!—dijo la mamá.—¿Dónde lo has encontrado?

—Me lo han dado unos chicos, que ya iban á matarle. ¡Pobrecito! Está cojo, pero lo guardaré si me lo permites, mamá.

En aquel momento entró el papá, y al ver el pollito no pudo menos de sonreírse.

—Nunca he tenido gallinas,—dijo;—pero comenzaremos con ese polluelo.

Se arregló un cajón y colocóse dentro el pollo, encargándose Emilia de cuidarle.

Al cabo de un año el pollo fué una hermosa gallina que seguía á Emilia por toda la casa cuando iba á buscarla al jardín.

¡Cierta día se oyó cacarear al ave, y el papá invitó á su hija á ver lo que pasaba. Emilia ba ó al jardín corriendo, y vióse volver á poco con un huevo en la mano.

—¡Mira qué hermoso es!—gritó.—¿Podré guardármelo para comérmelo?

La mamá juzgó que esto era muy justo y dió su consentimiento.

Al volver de la despensa, Emilia encontró á su madre hablando con una pobre mujer, á la cual daba un poco de pan y manteca.

—Hija mía,—dijo la madre;—esta mujer ha venido á pedirme algún alimento porque no tiene en su casa nada que comer.

La niña quedó un momento pensativa, y después salió presurosa de la habitación. Cuando entró de nuevo, acercóse tímidamente á la mujer y le dijo:

—Si le gustan á V. los huevos, aquí tiene uno: es mío, y puedo dárselo.

—¡Hermosa niña!—replicó la mujer.—Tienes muy buen corazón, lo mismo que tu mamá, y agradezco mucho tu donativo.

La mamá quedó muy satisfecha de la conducta de su hija, la cual quedó bien recompensada, pues al día siguiente la gallina puso otro huevo.

UN VIAJE EN FERROCARRIL

Cuando Juanito supo por su mamá que iban á emprender un viaje á la Habana, creyóse el niño más feliz del mundo, é hizo muchas preguntas sobre cómo irían y qué vería en aquella gran ciudad.

La madre le dijo que iban á embarcarse en un gran vapor donde había unas camas muy pequeñas y bien arregladas. Después habló del Parque Central, con sus magníficos paseos y jardines, del Museo y casa de fieras. Díjole también que allí había un inmenso número de coches y ómnibus, que corrían en todas direcciones, pero omitió algún detalle sobre este último punto; de modo que, cuando Juanito vió, al llegar á la sexta avenida, los trenes pasar por encima de las casas, cogióse á la falda de su mamá exclamando:

—¡Mamá, mamá, tengo miedo! ¿No ves estos coches que van por el aire? Seguro estoy de que van á caer de un momento á otro.

La mamá se detuvo para que el niño viese bien aquello, y explicóle cómo aquella vía férrea no podía ser más segura á causa de su sólida construcción. Después propuso á Juanito ir en uno de aquellos coches. El niño comenzó á temblar, pero al fin consintió; y cuando se halló en uno y pasó algún tiempo sin que les sucediera nada, manifestóse muy contento, sin experimentar ya temor alguno.

Desde aquel día Juanito quiso ir diariamente en el *tren alto*, según él le llamaba, á lo cual accedió su mamá.

El niño dijo á su papá que le gustaba aquel camino de hierro porque podía ver las habitaciones de las casas y á otros muchos niños de su edad, lo cual le hacía olvidar el miedo.

EN EL HENO

—¿Dónde están Julio y María?—preguntábase una madre recorriendo el campo en busca de sus hijos, que habían salido de la granja inmediata. Ni en el prado, ni en ningún sende-



La
muñeca
ahogada

ro, ni en la entrada del bosque se veían señales de Julio y María, aunque ya comenzaba á declinar la tarde, y solamente los ecos contestaban á las voces de la mamá, que llamaba á sus hijos. Las avejillas debían haberse retirado ya al descanso, pues no se percibían ya sus melódicos trinos; los rebaños de ovejas y carneros se retiraban ya, conducidos por su pastor, y oíase solamente el monótono canto del grillo y el grito del buho.

¿Dónde podrían estar María y Julio? ¿Si se habrían acercado á la orilla del río y tenido la desgracia de caer al agua?

La madre comenzaba ya á inquietarse, cuando de pronto, en el momento de acercarse á

un montón de heno, parecióle ver unos cabellos rubios y unos ojos que brillaban. Entonces aproximóse más, y tuvo el gusto de descubrir al fin á los dos niños, que se reían de su inocente travesura. Inútil es decir que no les castigó y que se dió por muy contenta con encontrarlos; pero díjoles que no lo hicieran otra vez.

LA MUÑECA AHOGADA

Cuando Fernandito tenía seis años, comenzó á ir á la escuela y su maestro le daba un vale el día que era aplicado; pero algunas veces se distraía jugando con alguno de sus amiguitos, en cuyo caso no recibía ningún premio.

Cierto día le dijo su padre que siempre que le llevara un vale le daría dos cuarto.

Desde aquel día Fernando fué muy buen muchacho y casi todos los días presentaba á su papá el vale. Cuando recibía los dos cuartos, guardábalos en una cajita, y al cabo de un año pudo comprar un barquito, el cual pensaba botar en el estanque próximo.

El día señalado para este acto, muy solemne para el niño, su hermanita quiso acompañarle; pero se cansó muy pronto, una vez llegada al estanque, y se volvió á casa.

—Yo quisiera poner algo dentro del barquito, —pensó Fernando.

Dirigió á su alrededor una mirada, y de pronto vió la muñeca de su hermanita Isabel debajo de un árbol. Habíala olvidado la niña, aunque la tenía en mucho aprecio, siendo para ella un objeto de admiración por su hermoso cabello rubio, sus ojos azules que se abrían y cerraban, su falda de seda de color de rosa y su sombrero de paja adornado con una pluma.

—Embarcaré á la muñeca, —se dijo Fernando.

Hízolo así é impelió el barquito en el agua.

—¡Isabel, Isabel! —gritó de pronto á su hermana, que se había detenido un momento.

—Ven aquí y verás cómo navega tu muñeca.

Apenas pronunciadas estas palabras, un pato de los más grandes se acercó al barquito, y dióle tal picotazo que la muñeca cayó al agua, hundiéndose hasta el fondo del estanque, antes que Fernando tuviera tiempo de atraerla con una caña.

Isabel comenzó á llorar y no cesó hasta que se hubieron agotado todas sus lágrimas; mientras que su hermano, reconociéndose culpable, mostróse muy afligido.



La muñeca ahogada

Fernando siguió ahorrando los cuartos que recibía de su papá, como lo había hecho antes de comprar el barquito, y cuando abrió su caja al año siguiente, vió que tenía cerca de tres duros. ¿Qué os parece que hizo entonces? Seguramente no lo adivinaréis, y por lo tanto voy á deciroslo. Compró otra muñeca para Isabel, más bonita aún que la que tenía antes, y con esto dejó completamente satisfecha á su hermanita.

LOS OSOS

Nada divertía tanto á la niña Julia como era ver los osos enjaulados que había en el Parque de la localidad, y por eso su mamá llevábala allí todos los días para complacerla. Aquellos animales, macho y hembra, tenían un oseño, y habíanse familiarizado tanto con sus visitantes, que apenas los divisaban manifestábanles su alegría acercándose á los hierros de la jaula y poniéndose en pie, pues no ignoraban que se les daría alguna golosina. Julia no parecía tener el más mínimo temor, aunque el macho y la hembra eran muy corpulentos, y les daba pedazos de pan ó cualquiera otra cosa, á lo cual parecían estar muy agradecidos los temibles animales, que nunca hicieron el menor daño á la niña ni á su mamá, porque les trataban bien.

CAYÉNDOSE DE LAS ALTURAS

Nada más expuesto á caídas que el encaramarse hasta la cima de un pajar. Es preciso estar muy acostumbrado á ello, pues la paja es resbaladiza. Por fortuna el chico caerá en blando, y fuera del susto natural no habrá que experimentar ninguna grave consecuencia en la salud.



EL CENTÉN DE TERESITA

(Continuación)

No hay para qué decir el disgusto que recibió la Sra. de Arregui con la relación de Teresita, resistiéndose á creer que una muchacha como Juanita pudiese cometer una acción que revelaba una falta de probidad y una duplicidad incomprensible en la juventud, por lo cual instó á Teresita para que reflexionase si podía encontrar otra explicación á tan deplorable trueque. No hubiera deseado otra cosa la pobre niña; pero ¿qué otra explicación cabía?

D.^a Victoriana hallábase cruelmente afectada, no atreviéndose á culpar de ligero á Juanita, y perpleja además en cuanto cabe, pues para adquirir el convencimiento necesitábase que ella lo confesase, mientras que su negativa no era bastante para acreditar su inocencia. En su vista mandó llamar á Juanita, y con el más exquisito tacto y cristiana benevolencia trató de arrancarle esa confesión. Callóse Juanita por algunos momentos, cuando levantando la cabeza, que había tenido baja hasta entonces, con el rostro frío como el mármol, descoloridos cuanto temblorosos los labios, negó con energía la suposición de que fuese ella la ladrona.

No por eso cejó D.^a Victoriana, y aun Teresita le suplicó llorando dijese la verdad; pero Juanita se limitó á decir con tono respetuoso pero que dejaba ver la dolorosa emoción de la dignidad lastimada:

—He dicho la verdad, señora; pero si V. no quiere creerme, ¿qué le voy yo á hacer?

Después de esta entrevista, y viendo que no quedaba esperanza alguna, dirigióse D.^a Victoriana á casa de la Rodríguez, experimentando tan angustiosa vacilación que debió entrar en una tienda de ultramarinos para reponerse.

Dicha tienda era la en que se surtía la familia, y no hay por qué decir los agasajos de que fué objeto la Sra. de Arregui por parte de Encarnación, que así se llamaba la tendera. La conversación recayó al momento sobre Juanita, de la cual se hizo lenguas la buena mujer, acabando por decir que la vispera estuvo allí, muy alegre, á comprarles algunos comestibles y varias golosinas para su madre y la tullidita.

—Y... ¿no recordará V., poco más ó menos, lo que gastó?—repuso doña Victoriana poco menos que balbuceando.

—Pues gastó algo,—respondió Encarnación; cinco duros... Sin duda le habrían ustedes adelantado el salario...

¿Qué más necesitaba saber doña Victoriana? Despidióse apresuradamente, y llena de irritación encaminóse á casa de la viuda. El lector nos dispensará que refiramos la dolorosa escena que ocurrió en la pobre casita de las Arenas: baste decir que la madre quedó tan desfallecida que parecía dar á comprender admitía la culpabilidad de su hija.

No así Paquita, que, encendidos los ojos, sonrojada y mostrando en su semblante la más profunda indignación, levantóse apoyada en sus muletas y lanzó los más amargos apóstrofes y recriminaciones á D.^a Victoriana, defendiendo con entereza el honor y la intachable reputación de su hermana. La pobre madre logró al cabo calmar á la noble niña y acabó por decir á doña Victoriana que, á pesar del sacrificio que esto le costaba por razones particulares (y aquí rompió á llorar amargamente), escribiese á D.^a Josefa Martínez, que vivía en Barcelona, pidiéndole informes sobre la familia, y que suspendiese todo juicio sobre Juanita antes de recibir contestación. *(Se continuará)*



Los osos

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Rompecabezas: Pelayo, Erasmo, Trifón, Fausto, Perico, Jovita.—Logogrifo numérico: Egeón.
—Tercio de sílabas: Jamona, Modista, Natalia.—Fuga de consonantes: En boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso.—Charadas: Pelagatos, Sotana, Aquilino

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- | | | | | | |
|---|-----------------------|----------------|------------------|----------------------|----------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 = Nombre de varón. |
| 4 | 5 | 3 | 1 | 2 = Ciudad española. | |
| 4 | 5 | 1 | 2 = Una enferma. | | |
| 5 | 4 | 2 = En el mar. | | | |
| 1 | 2 = Letra consonante. | | | | |
| 5 | 2 = Una virgen. | | | | |

JULIO ARRIBAS

TERCIO DE SÍLABAS

.
.

Primera línea vertical y primer grupo horizontal, de triste figura; 2.ª, festivo; 3.ª, cosa muy apreciable.

EUDALDO DALTAUIT ANDREU



Cayéndose de las alturas

CHARADAS

La primera es cantidad;
dos, consonante, y no quiero
decir que es también pronombre
y otra cosa, porque creo
que con lo dicho es bastante
para que, si no eres lerdo,
lo adivines en seguida.
Tercia cuarta el que está enfermo
si no le cuesta la vida,

ó si no yerra el galeno.
Del todo ¿qué te diré?
que es arma de antiguos tiempos
y que hoy vemos relegada
á armerías y museos
donde se archivan y guardan
antiquísimos trofeos.

AUGUSTO DEL CACHO

¿En qué *todo* prima dos,
si no anda á una tres de gangas,
que son puras mozigangas
los atributos de Dios?
Si alguien me sostiene tal
y no procura la enmienda,
le pondré, para que aprenda,
dos una de colegial.

T.

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.